

nos les intimaba silencio poniéndoles el dedo en la boca; acabada la doctrina tomaba los rosarios y reliquias que llevaban consigo los soldados, é hincándose los besaba y se los ponía reverentemente sobre los ojos, y no contento con hacer estas demostraciones, quería que también los otros las hiciesen, porfiando con ellos hasta que lo conseguía, lo cual enternecía á los soldados hasta el grado de hacerlos llorar.

Cuando los misioneros estaban mas empeñados en estos ejercicios y mas satisfechos del aprovechamiento de los indios, comenzaron estos á ausentarse poco á poco del campo, porque siendo junio el tiempo de la cosecha de las pitahayas, andaban por todas partes recogiendo aquella fruta de tanto aprecio para ellos. Este disgusto fué pronto seguido de otro mas grave, pues no habiendo regresado el buque enviado desde dos meses antes á traer víveres al Yaqui, ni venido las provisiones que de Méjico se esperaban, habia en el campo tanta escasez, que no habian quedado mas víveres que tres costales de mala harina de trigo y otros tantos de maiz picado, lo cual aumentó tanto la aficcion, que el padre Salvatierra en una relacion que entonces escribió, se explica de esta manera: "Comienzo á escribir esta relacion sin saber si podré acabarla, porque al presente nos hallamos aquí en grande necesidad por falta de víveres, los cuales van cada dia escaseando mas, y como yo soy el mas viejo de todos los del campo de la Virgen de Loreto, seré el primero en pagar el comun tributo á la naturaleza."

Pero lo mas admirable es que los misioneros en medio de tantos contratiempos y peligros hubiesen sabido conducir tan bien aquella reunion de veintidós hombres de diversas naciones y de una profesion en general muy libre, que no hubiese habido entre ellos ninguna contienda, ni un perjurio, ni una imprecacion. Al contrario, todos asistian con puntualidad á los ejercicios diarios de devocion, y especialmente á una novena que entonces se rezó á la santísima Virgen para alcanzar de Dios el socorro deseado; y habiendo oido en una plática contra el perjurio, vicio tan comun entre los soldados y marineros, que en no sé qué ciudad de Alemania el perjurio era condenado á pagar una multa, ellos mismos se impusieron espontáneamente la misma pena, y andaban muy solícitos en aplicarla al que incurriese en ella.

§ XIV.

PÉRDIDA QUE TUVO LA COLONIA. MISIONES DE SAN JUAN BAUTISTA DE LONDÓ Y DE SAN JAVIER DE VIGGÉ.

Estaba para concluir la novena y con ella los víveres, cuando llegó un buque nuevo y grande llamado San José, construido por un comerciante de

Nueva Compostela y procedente de Chacala con las provisiones que el padre Ugarte habia enviado de Méjico para la mision, y siete soldados voluntarios. Como se creia que el buque de la mision habia perecido, quiso el padre Salvatierra comprar este, que le pareció bastantemente bueno. El patron que por la experiencia adquirida en aquel viaje sabia que estaba mal construido, convino de buena gana en la venta, y usando de mil engaños lo contrató en doce mil pesos, que debia pagar en Méjico el padre Ugarte. Descubierta de allí á poco el fraude, se gastaron otros seis mil pesos en componer el barco, que sin embargo de esto, en el primer viaje averió toda la carga, y en el segundo se fué á pique en Acapulco, donde por necesidad se vendió en quinientos pesos, con gran pérdida de la mision. Este mal fué remediado por la beneficencia del tesorero don Pedro Gil de la Sierpe, que regaló al padre Salvatierra dos buques, uno grande llamado San Fermin, y otro chico llamado San Francisco Javier, los cuales comenzaron luego á viajar, llevando á la California todo lo necesario de diversos puertos de Sinaloa y Nueva Galicia, y entre otras cosas caballos, bueyes y otros animales enviados por don Agustin de Encinas, bienhechor de la mision. Poseyendo ya los misioneros la lengua del país y teniendo caballos en que caminar por aquellas áridas y pedregosas montañas, determinaron internarse en la península por diversos puntos. Salió primero el padre Salvatierra á principios del año de 1699 acompañado de algunos soldados, y se dirigió hácia el N. O. á un lugar llamado Londó, distante nueve leguas de Loreto y habitado por muchas familias de indios; pero no halló ninguna, porque todas habian huido al verle llegar, á pesar de que muchas veces les habia dicho antes que quería hacerles una visita amistosa. Allí esperó dos dias; pero no viniendo los indios ni aun por haber sido llamados, se retiró á Loreto con su comitiva. Después se quejó con ellos de su desconfianza, consiguió disipar sus temores y en la primavera volvió al mismo lugar, le puso el nombre de *San Juan Bautista*, y se estuvo algunos dias con los indios instruyéndolos, acariciándolos y regalándolos.

Algunos indios de *Viggé-Biaundó*, lugar situado al Poniente detrás de una áspera montaña, habian venido á Loreto y manifestado mucha mansedumbre y tanta inclinacion á la doctrina cristiana, que los misioneros, á pesar de su resolucion de no bautizarlos sino en peligro de muerte, dieron el bautismo á un jóven muy vivo y bien dispuesto llamándole *Francisco Javier*. El padre Píccolo determinó ir á aquel lugar, como en efecto lo hizo el 10 de marzo acompañado solamente de algunos indios amigos á causa del desaliento de los soldados; pero hubo grandes dificultades que vencer en el viaje, porque la montaña era muy escarpada y no habia camino abierto. El padre fué recibido con mucha afabilidad

por los indios de *Viggé-Biaundó*, en donde permaneció cuatro dias doctrinándolos, y supo que lo mismo hacia espontáneamente el nuevo cristiano *Francisco Javier*. Parecióle aquel lugar á propósito para plantar una mision, porque los indios tenian buenas disposiciones para abrazar el cristianismo y porque en el valle próximo habia tierras capaces de cultivo, provistas de agua y de buenos pastos para mantener ganado. La dificultad del camino fué de tal suerte allanada, aunque con sumo trabajo, por los soldados, alentados por el padre Píccolo y ayudados de los indios, que en junio ya estaba abierta una buena senda por donde se comenzó luego á caminar á caballo de Loreto á *Viggé-Biaundó*. En octubre se trasladó el padre á construir con el auxilio de los soldados y de los indios una capillita y algunas casillas de adobe techadas con heno para que sirviesen de habitaciones: este fué el origen de la mision de San Francisco Javier, cuya capillita fué dedicada por el padre Salvatierra el 1º de noviembre con mas devocion que solemnidad.

Mientras el padre Píccolo se ocupaba en establecer aquella nueva mision y en reconocer parte de la costa occidental de la península, el padre Salvatierra hizo su tercer viaje á Londó, del que sacó poco fruto por la enemistad que habia entre las diversas tribus que allí concurrieron, las cuales se hicieron algunas hostilidades en que tocó alguna parte aun al mismo misionero, pues tuvieron algunos indios el atrevimiento de flechar la mula en que iba. El sin embargo con su paciencia y sus buenas razones consiguió apaciguarlos y reconciliarlos.

§ XV.

CALAMIDAD DE LA COLONIA, PARA CUYO REMEDIO IMPLORAN INUTILMENTE LOS PADRES SALVATIERRA Y UGARTE LA PROTECCION DEL GOBIERNO.

Entre estos sucesos á veces prósperos, á veces adversos, llegó el año de 1700, en el cual y en el siguiente sobrevinieron tantas calamidades á la colonia, que infaliblemente se hubiera arruinado á no estar sostenida por una providencia especial de Dios. El número de los colonos llegaba en aquel tiempo á sesenta, todos expensados por el padre Salvatierra, y por tanto se necesitaba llevar de fuera mayor cantidad de víveres, porque el terreno de la península no se hallaba aun en estado de producirlos. Los bastimentos con que contaba la colonia eran San Fermin y San Javier, porque el San José se habia inutilizado, como se ha dicho. Los soldados hasta entonces se habian mostrado contentos, como era justo, de su subordinacion á los misioneros, por quienes eran pagados. Del gobierno de Méjico se esperaba con razon auxilio y proteccion en favor de la colonia, porque habiendo intentado

fundarla por tantos años y con tan considerables gastos, parecia que una vez fundada debia esforzarse en socorrerla; pero los hombres son de tal condicion, que después de haberse empeñado con indecible trabajo en conseguir alguna cosa, no procuran conservarla cuando la consiguen. Efectivamente, todas aquellas esperanzas se desvanecieron como el humo, y todas las ventajas conseguidas se tornaron en otras tantas desgracias. El bastimento San Fermin baró en el puerto de Ahome y se hizo pedazos con el impulso de las olas por culpa de los marineros, que se prometian mayor utilidad de la construccion de otro. No quedó pues mas que el chico llamado San Javier, en el cual, aunque maltratado con la borrasca que habia sufrido, se embarcó el padre Salvatierra para ir con mucho riesgo á Sinaloa á buscar remedio á los grandes males que experimentaba la mision; pero de nada sirvieron todas las diligencias que hizo.

En los dos años anteriores habia escrito muchas veces al virey, dándole cuenta del principio y progresos de la mision; pero este señor no se habia dignado contestarle. En marzo de este año de 1700 extendió un largo memorial dirigido al real acuerdo y firmado por los dos misioneros y otras treinta y cinco personas de la colonia, en el cual referia compendiosamente todo lo acaecido en la California; exponia el estado de la colonia, los grandes gastos erogados en ella y la imposibilidad de pagar á los soldados con unas limosnas que sobre lo incierto habian llegado á ser escasas y tardías; imploraba la proteccion del rey, pidiendo que para no perder el fruto de tantas fatigas, se pagase aquella tropa por el erario, así como se hacia con tantos otros presidios que el gobierno tenia en las fronteras de los gentiles; hacia ver los males que infaliblemente debian resultar de que la mision fuese abandonada por los soldados, y concluia protestando la resolucion que él y su compañero el padre Píccolo tenian de permanecer allí aun cuando quedasen solos y evidentemente expuestos á las violencias de los bárbaros. Desde Sinaloa dirigió otro memorial al virey haciéndole presente el peligro en que la colonia se hallaba de perecer de hambre, por no haber para el transporte de los víveres mas que un bastimento en mal estado, y suplicándole que destinase á este objeto otro decomisado en Acapulco á un comerciante del Perú.

Pero nada de lo que pretendia pudo conseguir entonces, á pesar de sus justas y eficaces razones y de las urgentes instancias del padre Ugarte, procurador de la mision. Este reprendia, aunque modesta y respetuosamente, á aquellos señores su total indiferencia respecto á la colonia cuando ya estaba plantada, siendo así que pocos años antes después de mil tentativas no menos inútiles que dispendiosas, suplicaban encarecidamente á la Compañía de Jesús que se encargase de aquella expedicion tan suspirada, prometiéndole treinta

ta mil pesos anuales para los gastos. El fiscal alegaba que en el acuerdo celebrado en 1697 se había obligado el padre Salvatierra á ejecutar la empresa sin gravar el real erario. Es cierto, contestaba el padre Ugarte, que él obtuvo el permiso de entrar en la California con la condicion de no causar gastos al erario, como lo ha hecho, plantando la primera colonia y conservándola por tres años á costa de mucho trabajo y con solo las limosnas de los bienhechores; pero hay gran diferencia entre crear una colonia y conservarla para siempre, y aun cuando él se hubiera obligado á esto, ahora que se halla inculpablemente en tan grave necesidad, los intereses de la religion y del Estado exigen que se le favorezca y ayude.

Esta oposicion tan grande del gobierno á las pretensiones del padre Salvatierra traia su origen de los falsos rumores esparcidos maliciosamente contra los jesuitas por sus enemigos, que no podian sufrir que un jesuita hubiera llevado al cabo aquella empresa que habian intentado en vano muchos hombres valerosos á tanta costa y con tan grande aparato de navios, armas y gente; ni podian comprender cómo un hombre bien nacido, dotado de talento y adornado de conocimientos, quisiera espontáneamente privarse de la compañía de sus caros hermanos y de las comodidades y honores que podia disfrutar en su colegio, por ir á países remotos é incultos y llevar una vida congojosa entre los salvajes, sino animado de segura esperanza de enriquecer. Como el hombre animal, segun dice san Pablo, no entiende las cosas del espíritu de Dios, no puede tampoco imaginarse que haya alguno capaz de sacrificar á la sola gloria divina todas las comodidades de la vida y todos los bienes del mundo. La California se habia hecho famosa por la abundancia de sus perlas, con cuya pesca habian enriquecido no pocos; y aunque á todos era notorio el poco aprecio que los misioneros hacian de esta pesca, que ni hacian por su cuenta ni permitian á los colonos sus dependientes; sin embargo, sus enemigos se habian persuadido ó querian persuadirse que esta riqueza era la que ellos buscaban en la California. Las limosnas de los bienhechores de la mision eran otro origen de falsos rumores contra los jesuitas, pues aunque ellas eran insuficientes para los gastos que debian hacerse en un país tan remoto y faltó absolutamente de todo, eran sin embargo bastantes para enriquecer á un particular; por tanto, los que no habrian tenido valor para envidiar los trabajos, penalidades y peligros de los misioneros, envidiaban el capital de la mision.

Entre otras calumnias se esparció la voz de que la pérdida del bastimento San Fermin no era cierta, sino fingida por los misioneros para extraer aquel dinero del real erario; y á pesar de que esta calumnia grosera quedó desvanecida con el testimonio de muchas personas respetables,

no cesaron los rumores, los cuales tuvieron nuevo apoyo en las cartas de don Antonio García de Mendoza, capitán del presidio de la California. Don Luis de Torres Tortolero, como ya lo hemos dicho, fué el primer capitán del presidio; pero después de haber servido muy bien, hallándose enfermo de una inflamacion de ojos que le causó el aire de aquel país, se licenció en 1699 con mucho sentimiento de los misioneros, llevando una certificacion que el padre Salvatierra le dió sobre sus servicios y buen porte, la cual le sirvió para obtener algunos buenos empleos en la Nueva Galicia. En su lugar fué nombrado capitán el citado García, que aunque era soldado muy valiente, no era hombre muy honrado. Este á pesar de que debia su empleo al padre Salvatierra y estaba pagado por él, queria sustraerse de su dependencia para poder servirse á su arbitrio de los indios, como suelen hacerlo algunos gobernadores y capitanes de Sinaloa y de otros lugares de la América, con indecible perjuicio de los neófitos y de las misiones. Quería tambien que en vez de los trabajos que se hacian en la California para mejorar el estado de la colonia, se le permitiese á él y á los soldados la pesca de perla, con el fin de enriquecer pronto; y como no pudo conseguir ni uno ni otro, desahogó su encono contra los misioneros en varias cartas dirigidas al virey y á algunos de sus amigos; pero tan embrolladas y llenas de contradicciones, que se echaba de ver luego en ellas cuánto le habia cegado la pasion. Para dar alguna idea de esto basta lo que escribió al virey en la carta de 22 de octubre de 1700, en la cual después de haber dicho que los padres Salvatierra y Píccolo eran unos *hombres santos, apóstoles y querubines*, y de haber ensalzado hasta las estrellas sus trabajos, su celo y su desprendimiento de las cosas terrenas, se queja amargamente de ellos por los trabajos impendidos en allanar el camino, en construir algunas fábricas y en otras cosas no solo útiles, sino absolutamente necesarias en la colonia, y concluye de esta manera: "Yo no hallo otro remedio para refrenar tanta temeridad, que hácese saber al reverendísimo padre provincial de la sagrada Compañía de Jesús, y suplicarle que retire de la California á estos religiosos y los ponga donde sean castigados con la pena que merecen, y que á mí tambien me ponga en un castillo con una gruesa cadena á fin de que pueda yo servir de escarmiento á mis sucesores." Pero este buen hombre sufría aquellos grandes males porque quería, pues fácilmente podria haberse librado de ellos renunciando su empleo y yéndose á donde mas le agradase.

Los enemigos de los jesuitas no dejaron de esparcir por todas partes copias de estas cartas, á las cuales, aunque tan dignas de desprecio, les dieron crédito algunos oidores y otras personas, persuadiéndose que la subordinacion de los sol-

dados de la California á los misioneros era efecto de la ambicion jesuitica de mandar en todas partes. Estas y otras especies esparcidas en el vulgo por personas respetables, desalentaron mucho la liberalidad de los bienhechores, lo cual retardó notablemente los progresos del cristianismo en la península, y la mision se redujo á tal estado, que no pudiendo mantenerse en ella tanta gente, fué necesario licenciar una parte considerable, dándose ocasion á los bárbaros de insolentarse y hacer varias tentativas contra la colonia. El padre Salvatierra en una carta escrita á su amigo el fiscal de Guadalajara, después de haberle dicho que ya habia licenciado diez y ocho soldados, añade: "Para licenciar el resto de la gente no espero mas que la última resolucion del gobierno de Méjico, á quien ya dirigí mis protestas finales. Licenciados que sean todos, pensaremos en pagar lo que quedáremos á deber; pero si antes de poderlo hacer los calificamos, mis queridos hijos en Cristo, viéndonos indefensos nos mandaren á dar cuenta á Dios, la Virgen pagará por nosotros."

§ XVI.

VIAJE DEL PADRE SALVATIERRA PARA PROVEER A LA COLONIA.—LLEGA EL PADRE JUAN DE UGARTE Á LA CALIFORNIA.—SE RECIBEN ALGUNOS VÍVERES.

Pero considerando él que la colonia no podia absolutamente subsistir si no se aseguraba lo necesario para los colonos, que esto no podia hallarse en la California y que el llevarlo de Méjico se hacia cada vez mas difícil, determinó ir á buscarlo á las misiones de Sonora, país rico en minas, de terreno fértil y poco distante de la península, pues entre uno y otro no hay mas distancia que la anchura del golfo intermedio. Con este propósito partió de Loreto á fines de octubre de 1700, y habiendo recogido en Sinaloa algunos subsidios para su mision, pasó á Sonora á verse con el padre Kino, su antiguo amigo y bienhechor. Este celoso é infatigable misionero, no pudiendo como hubiera querido trabajar personalmente en la mision de la California, porque la obediencia le tenia en Sonora, hacia lo posible por sostenerla enviando de Guaymas á Loreto ganado, muebles y víveres que solicitaba en las minas y en las misiones. Mas su grande celo, como el del padre Salvatierra, no se limitaba á

1 El padre Salvatierra fué nombrado provincial de los jesuitas de Méjico en 1704; pero hizo tantos esfuerzos para libertarse de aquel empleo y volverse á la California, que finalmente lo consiguió. Si él hubiera sido ambicioso de mandar, no hubiera dejado el mando de un cuerpo tan ilustre en una metrópoli tan lucida como Méjico, por ir á hacerse obedecer de cuatro tristes soldados en un oscuro rincón de la miserable y casi desierta California.

aquellas cosas ni á aquellos tiempos. Ambos ansiosos de ampliar el reino de Cristo, pensaban extender sus respectivas misiones hácia el Norte, hasta que llegando á juntarse mas allá de los 33° pudiesen ayudarse recíprocamente. En esta ocasion que concurrieron, queriendo reconocer todo el país á que destinaban sus tareas apostólicas, se dirigieron hácia el rio Colorado en marzo de 1701, acompañados de diez soldados y de algunos indios por el camino de la costa, que aunque malo era el mas corto. Habiendo llegado mas allá del paralelo de 32°, observaron distintamente desde la cumbre de un monte la union de la California con el continente; pero no pudieron pasar adelante, porque desde aquel monte hasta el rio Colorado habia un arrenal de treinta leguas. El año siguiente y por otro camino mas practicable, repitió el padre Kino su viaje tanto á aquel rio como al Gila, y tuvo oportunidad de observar atentamente sus márgenes.

Habiendo colectado el padre Salvatierra algunas limosnas en las misiones de Sonora, regresó á fines de abril á Loreto, en donde tuvo el grande placer de hallar al padre Ugarte, que habiendo salido de Méjico el 3 de diciembre del año anterior con el objeto de llevar provisiones á la colonia, caminó cuatrocientas leguas por tierra hasta un puerto de Sinaloa, en donde no hallando para pasar el golfo mas que un barco pequeño, viejo y abandonado como absolutamente inútil, se embarcó en él intrépidamente, y en tres dias de próspera navegacion arribó á Loreto el 19 de marzo de 1701. Halló la colonia en la mayor miseria, pues ya hacia cinco meses que no recibia ningun socorro; pero á pocos dias tuvieron el consuelo de ver llegar al puerto el bastimento San Javier, cargado de provisiones aprestadas tres meses antes por el mismo padre Ugarte. Este no tenia licencia de sus superiores para permanecer en la California, pero se la consiguió el padre Salvatierra, que aunque sentia no tener en Méjico un procurador tan activo, preveia cuánto haria para contribuir á los progresos del cristianismo en la península un hombre de tanto talento y de tan heroica virtud.

§ XVII.

NOMBRAMIENTO DE OTRO CAPITAN.—ATENTADO DE LOS INDIOS DE VIGGÉ.

Sobre la escasez de víveres habia otros males de mucha consideracion. El capitán García, siguiendo disgustado con aquella vida, turbaba con su inquietud la paz de toda la colonia; mas al fin viendo que ni sus amargas cartas movian al virey á sustraerle de la subordinacion á los misioneros, ni estos le permitian que ocupase como pretendia á los indios en la pesca de perla, tomó el partido de dejar el empleo licenciándose, como lo hizo con mucho gusto de los misioneros.

Y para que los soldados viviesen mas contentos bajo un capitan creado por ellos mismos, les dejó el padre Salvatierra la libertad de nombrarle, haciendo la eleccion por votos secretos. De ella resultó electo casi con todos los votos el portugués D. Estévan Rodriguez Lorenzo, buen cristiano, honrado, activo, intrépido, moderado y prudente. El año de 1697 entró á la California con el padre Salvatierra, y permaneció allí hasta su muerte. En los cuarenta y nueve años de su residencia en la península, contribuyó mucho al establecimiento de las misiones, á la propagacion del cristianismo y á la tranquilidad de los soldados y de los indios.

Poco antes de la eleccion de este nuevo capitan, los indios de Viggé, instigados por sus guamas ó doctores, tomaron la bárbara resolucion de destruir la mision de San Javier y de asesinar al misionero, á despecho de varios indios fieles que se oponian á su intento. Un dia, pues, vinieron atumultados á la mision, y no habiendo hallado en ella al padre Piccolo, que afortunadamente habia salido, descargaron su furia contra la casa, la capillita y los muebles de ambas, destruyéndolo todo, haciendo pedazos el Crucifijo y disparando flechas al rostro de una imágen pintada de la Virgen de los Dolores, la cual decian que era la amiga del misionero. Habiendo este sabido por un indio fiel lo que habia acaecido en la mision, se fué para Loreto, de donde salió un oficial con algunos soldados á castigar aquel atentado; pero los culpables habian ya huido por los montes mas escabrosos. De esta manera quedaron impunes, y de allí á poco, solicitados por los misioneros, vinieron humillados á Loreto á pedir perdon, dando á conocer su inconstancia, tan comun entre los hombres caprichosos, y la mision no tardó mucho en restablecerse ventajosamente, como veremos después.

§ XVIII.

EL PADRE UGARTE ACEPTA LA MISION DE SAN JAVIER.—EXTRAORDINARIO CELO DE ESTE MISIONERO.

Como los indios de San Javier después de su arrepentimiento parecian tranquilos y bien dispuestos á sujetarse á la enseñanza del misionero, y como por otra parte no convenia abandonar aquel terreno, que parecia el mas propio para la agricultura, porque en Loreto apenas se habia podido hacer útil un pequeño sitio para plantar frutales y hortaliza; el padre Salvatierra encargó al padre Ugarte la mision ante el altar de la Virgen, porque el padre Piccolo tenia que marchar para la Nueva España á evacuar algunos negocios de la California. El padre Ugarte aceptó de buena gana el encargo, y se fué luego á desempeñarle acompañado de algunos soldados; pero en muchos dias no compareció ningun indio, ó

por temor ó por odio á los soldados. Estos le aumentaron el disgusto con su inquietud, porque ni tenian indios que les sirviesen, ni él les permitia que fuesen á buscarlos, temiendo, con razon, que con sus hostilidades les inspirasen mas desconfianza. Al fin resolvió retirar á los soldados, poniéndose en manos de la Providencia. Un dia pasó en aquella soledad con el espíritu agitado alternativamente por la piadosa esperanza de martirio y por el temor natural de la muerte. Por la tarde se acercó á la cabaña un muchacho en ademan de espiar, y habiéndole visto el padre Ugarte, le acarició, le regaló y le mandó que dijese á los suyos que podian venir sin temor, porque ya no habia soldados. Asegurados de esta suerte los salvajes, comenzaron á venir poco á poco, y se volvió á establecer el ejercicio de la doctrina. Mas este grande hombre, animado de un verdadero celo, no contento con enseñarles los misterios de la religion cristiana y procurando arrancar de sus corazones el apego que tenian á sus doctores y á sus antiguas supersticiones, se tomó el arduo empeño de civilizarlos, enseñándoles aquellas artes y acostubrándolos á aquellos trabajos que requiere la vida social. Lo que tuvo que sufrir de unos hombres acostumbrados á una perpetua ociosidad y á una libertad desenfrenada, podrá en algun modo imaginarse, pero no puede expresarse suficientemente.

Todas las mañanas después de la misa, que él celebraba y oian los indios, seguia el ejercicio de la doctrina, y concluido este les distribuia el pozole á los que habian de trabajar, y los llevaba ó á la fábrica de la iglesia y de las casitas que estaba edificando para sí y para los neófitos, ó al campo á quitar los matorrales y las piedras y preparar el terreno para la siembra, ó hacer represas y zanjas para regar la tierra. En las fábricas hacia no solo de arquitecto, sino de albañil, de carpintero y de todo; porque ni las exhortaciones, ni los halagos, ni los dones de que se valia hubieran sido bastantes para sacudir la desidia habitual de aquellos hombres embrutecidos, si él no los hubiera alentado con su ejemplo, siendo el primero en el trabajo y el que mas trabajaba. Efectivamente, él era el primero en llevar y labrar las piedras y la madera, en pisar el lodo, en cavar la tierra y en ordenar los materiales. El mismo llevaba á pacer el pequeño rebaño que tenia la mision. El se ocupaba igualmente en todos los oficios; ya se le veia con la hacha en la mano quitando los matorrales, ya con el pico rompiendo las piedras, ya con la coa labrando la tierra, lo que solia hacer descalzo de pié y pierna. Yo no puedo recordar esto sin enternecerme y reconocer el poder de la divina gracia al ver reducido á una vida pesada y trabajosa á un caballero criado entre las delicias de una casa opulenta, sepultado en una oscura y remota soledad á un letrado sumamente aplaudido en las escuelas y púlpitos de Méjico, y á un

hombre de ingenio sublime voluntariamente condenado á conversar treinta años con estúpidos salvajes.

Después de comer llevaba á los indios á rezar el rosario, en seguida les explicaba la doctrina cristiana, y concluido esto les daba de cenar. Como aquellos bárbaros no eran capaces de prever el fruto de tales trabajos, que por entonces los privaban de su ociosidad y libertad, hallaban mil modos de cansar la paciencia de su caritativo misionero, ó ausentándose, ó no viniendo á tiempo, ó resistiéndose con altanería á trabajar, ó burlándose de él, ó finalmente, amenazándole hasta con la muerte. No habia mas recurso que sufrirles sus impertinencias, acostubrándolos con discrecion á la vida laboriosa, condescendiendo á menudo con su debilidad, y mezclando á veces la suavidad con la entereza para hacerse respetar.

En los principios estaban muy inquietos á la hora de la doctrina, conversando entre sí, burlándose de lo que oian y echando frecuentes y grandes careajadas. El advirtió que el principal motivo de aquellas burlas eran sus desbarros en la lengua, y que los mismos indios, cuando les consultaba acerca de las voces ó de la pronunciacion, le contestaban de intento despropósitos, para tener después de qué reir en la hora de la doctrina, y por eso de allí en adelante ya no preguntaba sino á los niños, como mas sinceros. Toleraba pacientemente estos insultos, y á veces los reprendia con alguna severidad; pero viendo que todo esto de nada servia, tomó un partido extraño, pero oportuno y acomodado á la condicion y circunstancias de aquellos bárbaros. Desde que comenzó á tratarlos conoció bien su carácter, y advirtió que no apreciando la virtud, el ingenio ni ninguna prenda espiritual, sino solamente la valentia y las fuerzas, no respetaban sino á los hombres valientes y forzudos. Quiso por tanto darles una muestra de la grande fuerza con que le habia dotado la naturaleza, para que respetasen su persona y su doctrina. Entre los indios que concurrían al catequismo habia uno que ponderaba mucho su pujanza, y puntualmente por este motivo era el menos moderado en sus burlas y risadas. Un dia, pues, que este bárbaro se reia descompasadamente, le asió repentinamente el padre por los cabellos, y levantándole en el aire le tuvo por algun tiempo suspendido, agitándole tres ó cuatro veces. Esto atemorizó á los otros en tal grado, que todos huyeron al momento; pero después volvieron poco á poco, y en lo sucesivo permanecieron siempre quietos y atentos durante la doctrina. En otra ocasion le dijeron al padre que habia entre ellos algunos valientes luchadores que querian probar sus fuerzas con él: *Bien*, contestó, *¿quién es el mas valiente de todos?* Luego que se le señalaron le tomó de un brazo, y con los dedos le oprimió tan fuertemente el lagartillo, que le hizo dar un terrible

grito de dolor. *Vaya*, añadió entonces, *no es capaz de luchar conmigo quien no puede sufrir un dolor tan ligero.*

Pero ninguna cosa contribuyó tanto á dar á la pujanza del padre Ugarte crédito entre los bárbaros, como lo que hizo con un leon. Se habia multiplicado en la península esta especie de fieras y hacian muchos perjuicios tanto al ganado como á los hombres. El padre Ugarte exhortaba con frecuencia á los indios á que los matasen; pero estas exhortaciones eran infructuosas, porque engañados, como se ha dicho, por sus doctores, estaban invenciblemente persuadidos de que moria el que mataba un leon, y así para desengañarlos no habia mas arbitrio que la experiencia. Un dia, pues, caminando el padre Ugarte por el bosque, divisó á lo lejos un leon que se dirigia á él, y echando pié á tierra y tomando en la mano algunas piedras, le salió al encuentro, y cuando le tuvo á tiro le acertó en la cabeza una pedrada que le derribó. Mas no trabajó tanto en matarle como en llevarle á la mision, distante dos leguas, porque no podia conseguir que la mula que montaba consintiese semejante carga. Para vencer esta dificultad colocó el leon en un árbol que habia en el camino, y montando en la mula la obligó con las espuelas á pasar junto al árbol, y al pasar cogió al leon y le echó en la grupa. La mula corecoveando furiosamente, y después corriendo precipitada, le llevó en pocos minutos á la mision. No pudiendo los indios dudar de aquel hecho porque la sangre del animal aun estaba caliente, y viendo que pasado algun tiempo ni murió el padre ni le sobrevino mal alguno, comenzaron á desengañarse y se dedicaron en lo sucesivo á matar aquellas fieras tan perniciosas.

Estos y otros hechos notables, cuya memoria se conservaba aun en nuestro tiempo entre los habitantes de la California y entre los jesuitas de la Nueva España, y cuya relacion se publicó en la vida de este grande hombre impresa en Méjico, hicieron bastante célebre el nombre del padre Ugarte; pero se adquirió una gloria mucho mayor entre los verdaderos apreciadores del mérito con sus virtudes, con sus tareas apostólicas y con los relevantes servicios que hizo á la Iglesia de la California, primero de procurador colectando limosnas y promoviendo con celo é industria los asuntos de aquella colonia, y después de misionero plantando misiones, construyendo edificios, desmontando bosques, abriendo caminos, introduciendo en aquel país inculto la agricultura y otras artes útiles á la vida, doctrinando aquellos salvajes, civilizándolos y convirtiéndolos en buenos ciudadanos y excelentes cristianos. Y ¿quién podrá decir lo que tuvo que sufrir de su groseria? Citaremos un solo hecho. Después de haberse empeñado mucho en instruirlos, predicó un dia acerca de la espantosa actividad del fuego del infierno y la atrocidad y eternidad de sus tormen-

tos, y cuando creía haber sacado mucho fruto de su sermón, oyó que los indios se decían unos á otros que el infierno era sin disputa un país mejor que la California, porque habiendo allá un fuego perpetuo, nunca se padecería frío. Semejante modo de pensar, que habria bastado para desalentar el celo mas ardiente, no pudo entibiar el del padre Ugarte, porque siguió constantemente en sus trabajos, de los que al fin cogió un fruto abundantísimo, formándose en la mision de San Javier un cristianismo puro é inmaculado. Aquellos neófitos cazadores se convirtieron en agricultores y artesanos muy bien instruidos en la religion, morigerados y laboriosos; aquellas llanuras absolutamente incultas y aquellas colinas llenas de matorrales y piedras, se trasformaron en campos bien cultivados, en donde sembró trigo, maíz y varias especies de hortalizas y legumbres y en donde plantó una viña, la primera que hubo en la península, y varias clases de árboles frutales conducidos de Méjico. El excelente vino que se cosechaba servia para todas las misas que se celebraban en las misiones, y el sobrante se mandaba á la Nueva España regalado á los bienhechores. Las cosechas de trigo y de maíz, aunque no bastaban para el consumo de todo el año, servian para la mayor necesidad, economizándose los gastos que era preciso hacer en traer de la Nueva España aquellas provisiones. El año de 1707 por la falta de lluvias hubo mucha escasez de granos en Méjico, y principalmente en las fértiles provincias de Sonora y Sinaloa. En la California, donde las lluvias son comunmente muy escasas, faltaron tambien aquel año; pero la industria del padre Ugarte suplió esta falta, de tal modo que en una carta que en 9 de junio escribió al fiscal de Guadalajara, le dice: "Gracias al Señor que ya llevamos aquí dos meses de estar comiendo buen pan del trigo de nuestra cosecha juntamente con todos los soldados y marineros, al mismo tiempo que se mueren de hambre los pobres de Sonora y Sinaloa. ¿Quién lo creyera?"

No contento aquel hombre incomparable con haber sostenido con la agricultura aquella colonia, proveyéndola en gran parte de los víveres necesarios, pensó tambien en vestir á sus desnudos neófitos, sin que fuese preciso que los lienzos viniesen de Méjico á grande costa. Luego que las ovejas se multiplicaron suficientemente, enseñó á los indios el tiempo y el modo de trasquilarlas, de cardar la lana, de hilarla y de tejerla, y él mismo les hizo las ruecas, los tornos y los telares. Y para mejorar aquellas labores llevó de la Nueva Galicia, contratado en quinientos pesos anuales, al tejedor Antonio Moran, el cual estuvo mucho tiempo en la California instruyendo á los indios y perfeccionando sus manufacturas.

§ XIX.

PENURIA DE LOS COLONOS. SUBLEVACION Y PACIFICACION DE LOS INDIOS.

Estas ventajas, que no alcanzó el padre Ugarte sino después de muchos años de trabajos, habrian sido muy apreciables en los años primeros, cuando la colonia estaba mas necesitada; mas al concluir el año de 1701 estaban tambien para concluir las provisiones que habia en Loreto. Fué por tanto necesario que el padre Píccolo apresurase su viaje á la Nueva España, así para solicitar víveres como para manifestar de palabra al gobierno de Méjico y al de Guadalajara lo que infructuosamente se les habia representado por escrito. Se embarcó pues el 26 de diciembre, dejando á los padres Salvatierra y Ugarte en grande necesidad, hasta el 29 de enero de 1702 en que arribó al puerto el bastimento San Javier, cargado de trigo, maíz y otras provisiones; pero estas duraron poco, porque como dice el capitán don Estévan Rodriguez en sus diarios, "era tan grande la caridad del padre Salvatierra en socorrer á los indios, que á pocos dias quedamos reducidos á mayor necesidad." Esta llegó á tal extremo en la primavera, que llegando á faltar del todo los víveres, se vieron precisados tanto los misioneros como los soldados á buscar su sustento al modo de los californios, en la pesca, en las raíces y en las frutas silvestres, siendo el padre Ugarte el primero en la industria y trabajo de buscar alimento para todos. Mueven ciertamente á compasion las cartas que en aquel tiempo escribieron los misioneros refiriendo sus trabajos.

La necesidad se agravó por una sublevacion de los indios ocasionada por la temeridad de un soldado. Este estaba casado con una californiana convertida al cristianismo, la cual en junio se ausentó sin permiso de su marido y sugerida por su madre para asistir al baile y otras diversiones que entonces hacian los salvajes por la cosecha de las pitahayas. El soldado, disgustado por la fuga de su mujer, pidió licencia para ir á buscarla y traerla á Loreto; y habiéndosele concedido para cierto término, volvió sin haberla hallado; pero á pocos dias, impulsado de su pasion, marchó de nuevo sin permiso del capitán y acompañado de un californio, y habiendo encontrado en el camino un indio anciano que procuraba disuadirle de aquel viaje manifestándole que le era muy peligroso, riñó con él y le mató de un balazo. Excitados con el trueno del arcabuz todos los bárbaros que se hallaban en las cercanías, acudieron prontamente, é indignados contra aquel temerario soldado, le mataron, é hirieron al californio que le acompañaba. Este huyó precipitadamente á Loreto y dió aviso á los españoles. El capitán, después de haber hecho saber á los misioneros, que entonces se hallaban en Londó, lo que habia acaecido,

para que viniéndose con tiempo á Loreto pusiesen en seguro sus personas, salió con su pequeña tropa contra los conjurados, los cuales, sabiendo el estado miserable de la colonia, trataron de sublevar contra ella casi toda la tribu. Los españoles, no menos fatigados con la hambre que con la aspereza del camino, tuvieron mas bien que batalla, algunas escaramuzas, sin mas fruto que matar tres ó cuatro conjurados. El padre Ugarte habia sembrado maíz en Viggé y esperaba levantar su primera cosecha, cuando los conjurados talaron el campo y mataron algunas de las cabras con cuya leche se alimentaba aquel misionero, y habrian tambien arruinado la capilla y la casita de la mision de San Javier si no hubieran sido defendidas por los soldados y por los indios fieles. Estas turbulencias duraron hasta la llegada del bastimento venido de Sinaloa con víveres y alguna gente. Todo se tranquilizó entonces poco á poco, haciendo los conjurados las paces con los españoles por medio de los indios fieles.

§ XX.

ÓRDENES DEL REY. PROMESAS DE FUNDAR MISIONES. DOS NUEVOS MISIONEROS. VIAJES DE LOS PADRES SALVATIERRA Y UGARTE.

Entre tanto el padre Píccolo, habiendo, como se dijo, salido de Loreto el 26 de diciembre de 1701, después de haber aprestado en Sinaloa víveres para la colonia, marchó á Guadalajara, capital de la Nueva Galicia, en donde tuvo noticia de tres órdenes del rey expedidas en favor de la California. En fin de 1698 el virey de Méjico habia hecho saber á la corte la empresa de los jesuitas en aquella península. Esta noticia fué allá bien recibida, y se esperaba de ella un buen resultado mediante la condesa de Galvez, vireina de Méjico y señora muy piadosa que se habia empeñado en secundar el celo del padre Salvatierra; pero la muerte de esta, acaecida el mismo año, y la grave enfermedad que al fin privó de la vida al rey Carlos II en 1º de noviembre de 1700, no permitieron coger entonces el fruto que se esperaba. Habiendo ocupado el trono de España el piadoso jóven Felipe V, no obstante el cuidado de la guerra que sostenia por la sucesion á la corona, expidió en el primer año de su reinado órdenes relativas á la California, dirigidas al virey de Méjico, á la audiencia y al obispo de Guadalajara, encargándoles que no descuidasen de aquella empresa, sino que la fomentasen y favoreciesen cuanto pudiesen, y dando las gracias á los misioneros jesuitas por sus tareas apostólicas. Mandó tambien que del real erario se les diesen anualmente seis mil pesos para los gastos de la colonia, y que se remitiese á la corte una relacion exacta de la calidad de la California, estado actual de la colonia y medios de aumentarla y facilitar su comunicacion con la Nueva España. Al

padre Píccolo se le encargó que extendiese la relacion autorizada con tres testigos oculares, la cual se imprimió poco después en Méjico. El mismo padre consiguió, aunque con mucho trabajo, que se le diesen los seis mil pesos que el rey mandaba; pero no pudo conseguir otras cosas que pretendia favorables á la colonia.

Dios movió entonces los corazones de algunos caballeros de Méjico en favor de la península. El marqués de Villapiente, menos célebre por sus inmensas riquezas que por su religiosa profusion en muchas obras piadosas que costó en América, en Europa y aun en Asia, prometió fundar tres misiones en la California, y de la fundacion de otra se encargó don Nicolás Arteaga, juntamente con su mujer doña Josefa Vallejo.

Con estas nuevas marchó el padre Píccolo para la California llevando consigo dos nuevos misioneros, el padre Juan Manuel Basaldua, de Michoacan, y el padre Gerónimo Minutuli, de Cerdeña. Se embarcó en el puerto de Matanchel en un bastimento llamado la Virgen del Rosario, comprado entonces en Acapulco para el servicio de la colonia y cargado de provisiones y otras cosas necesarias para el presidio y las misiones. En la travesía del golfo fueron arrebatados por una borrasca tan feroz, que parecia inevitable el naufragio, aun después de haber arrojado al mar gran parte del cargamento; pero habiendo ocurrido con viva fe en lo mayor del peligro á la santísima Virgen, protectora de la California, cesó repentinamente el viento y calmó la borrasca, y consiguieron llegar con felicidad al puerto de Loreto, á donde entraron con indecible júbilo de aquella atormentada colonia el 28 de octubre de 1702.

En diciembre se embarcó el padre Ugarte para Sonora, de donde condujo algunas vacas, ovejas, cabras, caballos y mulas y una buena cantidad de víveres. Entre tanto el padre Salvatierra se habia internado en la península con el fin de observar mejor su terreno y habitantes; pero poco pudo hacer por tener que caminar á pié y por caminos tan malos. Posteriormente con el auxilio de los caballos, salió en marzo de 1703 á reconocer la costa occidental acompañado del capitán y algunos soldados y neófitos; mas no pudo hallar ningun puerto ni terreno labrantío, pues aunque habia algunos terrenos buenos, les faltaba del todo el agua. En mayo hizo otro viaje hácia el Noroeste, pero igualmente infructuoso.

§ XXI.

FIESTA DE CORPUS. CONJURACION Y CASTIGO DE LOS CONJURADOS. CARIDAD DE LOS MISIONEROS PARA CON UNOS CONTRABANDISTAS. ESCASEZ DE VÍVERES.

En el mes siguiente queriendo el padre Salvatierra dar á los neófitos y catecúmenos en la fiesta